

ABUNDANCIA Y LIBERTAD

GABRIEL ZAID

Miembro de El Colegio Nacional

Un escritor del siglo XIX, Ignacio Manuel Altamirano, se quejaba. O tengo tiempo o tengo dinero. Si me doy tiempo para escribir, me quedo sin dinero. Si me pongo a ganar dinero, no tengo tiempo de escribir.

Otro escritor del siglo XIX, Sören Kierkegaard, convirtió ese dilema existencial en una filosofía. Vivir es definirse, sacrificarse, comprometerse, entre lo uno y lo otro. En la etapa estética, adolescente, inmadura, de la existencia, todos quisiéramos todo: lo uno y lo otro. Somos una finitud con aspiraciones infinitas. Hasta que el horizonte de la muerte, del tiempo que se acaba, del imperativo ético, nos hace ver que haremos unas cosas pero no otras, y que la verdadera libertad no está en el infinito de todo lo posible, sino en la realización concreta de esto o aquello, de lo uno o lo otro.

Kierkegaard (a diferencia de Altamirano, que hizo una vida pobre y heroica) llegó a tener tiempo y dinero. Su padre le dejó una herencia que le permitió escribir a tiempo completo. Pero no se engañaba. Sabía que su libertad, paradójicamente, consistía en encerrarse; que ni siquiera a tiempo completo llegaría a escribir todo, menos aún casado. No se casó. Trabajó paralelamente en varios libros, asignando un lugar de su casa a cada uno, como un monje que pasa de una celda a otra, o como un prisionero de su propia libertad.

Las individualidades poderosas del movimiento romántico vivieron, a su manera, una vida consagrada; y no sería difícil mostrar que los ermitaños, aquellos grandes individualistas que abandonaron la vida cristiana normal, en busca del absoluto, prefiguraban la desmesura romántica. Pero lo más notable de esa genealogía espiritual es su descendencia: el supremo derecho que hoy se concede a la vocación, la carrera, el dedicarse uno a lo suyo. Lo que era un ideal de artista en el siglo XIX, se ha vuelto el ideal de la humanidad: la realización personal.

Un ideal que, a veces, se convierte en mentalidad becaría: el sentimiento de que todo ser humano tiene derecho a cobrar por realizarse. La gente se reía de los que, sintiéndose genios, exigían abundancia y libertad al resto de los mortales. Hoy es el resto de los mortales el que aspira a la plenitud humana. Los niños ricos se lo exigen a sus padres, los estudiantes a la sociedad, los ejecutivos a las empresas. Y nadie se ríe.

Hay algo noble en esa aspiración, que hoy anda suelta por el mundo. Aspirar a la plena realización de la humanidad (o cuando menos de la mía) enaltece la vida, por el simple hecho de proponerse más. Pero ¿qué tanto más? ¿O qué tipo de *más*? Hay un *más* cualitativo que le da más sentido a la vida. Hay un *más* cuantitativo que puede ser contraproducente.

Pero si algo caracteriza al mundo actual es el *más* cuantitativo. Nunca se había producido tanto, consumido tanto, acumulado tanto, despilfarrado tanto, como hoy.

1. LA EDAD DE ORO

Desde la prehistoria, la especie humana ha venido multiplicando su capacidad de producción en un proceso milenario que empezó lentamente y se ha venido acelerando. El primer gran aumento de productividad se da con la creación de utensilios de palo, de hueso, de piedra; con la domesticación del fuego; con el tejido de cestas, de redes, de cuerdas, de telas; con la invención de la canoa; con la domesticación de animales. Es una etapa que dura millones de años, desde que los homínidos viven en manadas carnívoras hasta que algunas tribus nómadas empiezan a acampar y pastorear, además de recolectar, cazar y pescar. En las últimas decenas de milenios, hay una gran prosperidad. La población crece mucho, y llega a unos diez millones de habitantes en todo el planeta.

Era un paraíso, que todavía recuerda la humanidad, aunque se haya olvidado que la Edad de Oro fue ese momento cumbre del paleolítico, hace diez o veinte mil años, cuya fama corrió de boca en boca, hasta que el mito se volvió literatura y fue recreado por los clásicos. Lo recoge Cervantes, en el discurso de don Quijote a los cabreros:

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente le estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían (I,11).

Aunque esta descripción no es ni pretende ser exacta, incluye los rasgos principales del último paleolítico: no hay arados ni agricultura, sino recolección de bellotas, de miel, de alcornoque; no hay propiedad privada, sino comunismo primitivo; no hay escasez, trabajo, ni luchas por el poder, sino abundancia, felicidad, concordia y consumo libre para todos.

La humanidad sigue soñando con la Edad de Oro como un futuro que nos espera, y por el cual debemos trabajar. Pero, antes de que surgiera la voluntad de progreso (en el siglo XVIII), había suspiros por el paraíso como algo del pasado, no del futuro. Jorge Manrique lo decía en sus coplas:

*cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.*

Hoy no sentimos así. Nos hemos ido al otro extremo y, a nuestro parecer, cualquier tiempo futuro tiene que ser mejor, y cada vez

mejor. Deseamos la abundancia, la libertad, la igualdad, la fraternidad, para un futuro mejor. Extrañamente, lo que hoy es utopía fue nostalgia. Más aún: fue realidad.

La realidad ha sido confirmada por algunos antropólogos como Marshall Sahlins o Pierre Clastres, que han leído con otros ojos la documentación histórica o antropológica sobre las tribus que en Australia, el Amazonas, Centroamérica, han desdeñado la agricultura y el poder. Todavía a mediados del siglo xx, una expedición que hizo contacto con una tribu australiana que vivía en la edad de piedra, descubrió que su miseria era aparente. En un caso que cuantificaron, consumían 116% más calorías y 444% más proteínas que las recomendadas por las normas internacionales. Y esto lo conseguían en tres o cuatro horas diarias de trabajo, que no podían llamarse trabajo, porque las pasaban como en un día de campo: recolectando y cazando, pero también jugando, curioseando, platicando, en una excursión familiar donde iban hombres, mujeres y niños, y todo se compartía como en familia.

En realidad, las sociedades recolectoras y cazadoras eran prácticamente familias extensas, de docenas o centenas de miembros, que disponían de los recursos naturales de diez o veinte kilómetros cuadrados por persona, y los necesitaban, porque (a pesar del aumento de productividad que llegaron a tener con sus armas, utensilios, telares, canoas) su explotación de la naturaleza era más extensa que intensa. Recolectaban, cazaban y pescaban en un lugar y se iban a otro, mientras el primero se recuperaba. Su nomadismo les impedía acumular: no es posible andar cargando de un lugar a otro víveres que se descomponen, ni armamento pesado, ni medios de producción aparatosos, sino utensilios y artefactos ligeros, desechables, fácilmente reproducibles. Su verdadero capital era la tierra abundantísima con todos sus recursos, y que no era de nadie, individualmente, aunque sí había territorios más o menos demarcados, por los cuales llegaba a haber guerras con otras tribus nómadas. Su verdadero capital era el saber, la tradición, la cultura, que le daba sentido a la vida y que permitía conservar, transmitir, celebrar, ciertos avances milagrosos, como el arte de hacer fuego.

El fuego fue cosa del cielo, terrible, incontrolable, como el rayo que mata y que incendia. Conservar en forma controlada el fuego de un incendio, cuidar que siempre siga vivo, ponerlo en una antorcha para llevarlo de un lugar a otro, sacarlo como una chispa de la piedra

o del palo que se frotan, fueron avances celebrados por todo el planeta, en esas crónicas que hoy llamamos mitos.

Desde un punto de vista tecnológico, el fuego cambia radicalmente la disponibilidad de energía, y la concentra para uso inmediato: calentarse, cocinar, hacer señales de humo, cerámica, metalurgia. La única energía antes disponible, que era la del sol, es de muy baja intensidad por metro cuadrado por minuto. Por eso la energía solar sigue siendo tan costosa: se requiere mucho material, mucho espacio, mucho tiempo, para recolectarla.

Tener fuego en la cocina fue como lazar al padre Sol, bajarlo, amansarlo, domesticarlo. La relación con la naturaleza cambió tan radicalmente que algunos mitos, como el de Prometeo, tienen cierta arrogancia progresista: una exaltación del hombre sobre toda la naturaleza y frente a Dios. En esos mitos, el fuego no es un don del cielo: es una astucia del hombre que se vuelve como un dios, al robarse los secretos técnicos del cielo.

Al narcisismo de la especie humana no le faltan razones para sentirse superior: el lenguaje, los utensilios, la cocina.

Pero el lenguaje y los utensilios son discutibles, porque los animales se comunican, los monos empuñan palos, los pájaros hacen nidos y los castores diques. La cocina, en cambio, es indiscutible: ningún animal cocina. La cocina prehistórica fue el paradigma de la cultura. El hombre se ponía por encima de todas las especies: había logrado cocinar, robarse el fuego del cielo y transformar la tierra. Claude Lévi-Strauss ha señalado en el simbolismo de los mitos la oposición entre lo crudo y lo cocido, como una oposición entre naturaleza y cultura. Comer crudo es ser como los animales. Lo superior, lo que hace del hombre un semidiós, es su control del fuego: la cocina.

James George Frazer recopiló cientos de *Mitos sobre el origen del fuego* de los cinco continentes. Unos cuentan qué mal la pasaba la humanidad cuando no tenía fuego. Otros, cómo el fuego se debe a un animal que lo trajo del bosque. En otros, el arte de hacer fuego es un secreto divino, guardado celosamente, pero comunicado al hombre por un pájaro. En otros más, el fuego es un robo, que lleva su castigo. Prometeo no sólo es condenado a tortura perpetua, sino que Zeus, para mayor castigo, crea la primera mujer. ¿Y quién fue la primera mujer? Pandora. ¿Y que hizo Pandora? Dejar que se escaparan la ambición, la desmesura, la envidia y todos los males de entrometerse con el saber divino.

Es decir: el extraordinario aumento de productividad que algunos llaman la revolución paleolítica de la Nueva Edad de Piedra, no pasó de noche. Hubo una conciencia prehistórica universal de que se había logrado un progreso memorable. Y hubo, ya desde entonces, una crítica del progreso: la conciencia de que el progreso abre la caja de Pandora.

2. LA REVOLUCIÓN AGRÍCOLA

La Edad de Oro terminó en un progreso mayor, pero no más feliz: la agricultura. En el neolítico aumentó la productividad, pero a costa de la libertad, de lo cual se acusó a las mujeres, en el relato bíblico de la expulsión del paraíso. Parece ser que las mujeres inventaron la agricultura, después de apoderarse de la cocina. En los campamentos nómadas, describieron que, cerca de la cocina, brotaban plantas de las semillas de las sobras de la comida, y se robaron otro secreto del cielo: el cultivo de la vida.

Las excursiones de recolección, caza y pesca, son fáciles, son divertidas, pero dependen finalmente de la providencia divina. Si podemos domesticar las plantas, como el fuego, ¿para qué movernos de aquí? Todo lo podemos tener en el campamento. Así empezó el cultivo del árbol del saber, que es el árbol de la agricultura, frente a la recolección, que era el árbol de la providencia divina. Así nació el trabajo, la vida sedentaria, el encadenarse a la tierra y ganarse el pan con el sudor de la frente. Así el hombre feliz descubrió que no tenía camisa, y que no podía andar desnudo, ni de vago con los amigos. De lo cual acusó a nuestra madre Eva, como Prometeo a Pandora.

La domesticación de las plantas arraigó la vida nómada, aumentó la productividad a niveles desconocidos, hizo una explotación intensa de la naturaleza, permitió que los mismos kilómetros cuadrados alimentaran a cuarenta veces más agricultores que recolectores. La población, que era de unos 10 millones de habitantes cuando empezó la revolución agrícola, llegó a unos 400 millones cuando empezó la revolución comercial de la Edad Media, ocho mil años después.

La productividad campesina, que hoy nos parece una miseria, resultó codiciable. Los excedentes de la vida nómada eran mínimos y se quedaban tirados, para beneficio de algunos animales, como el perro, que seguían al hombre. Los excedentes agrícolas eran extraor-

dinarios, acumulables y concentrados en un solo lugar, casi como una invitación al despojo. Para las tribus que seguían siendo nómadas, el asalto pirata a los graneros sedentarios era como una extensión de la recolección, caza y pesca, como una pepena de bellotas, una visita a los generosos alcornoques o a la república de solícitas abejas, que ofrecían a la mano la cosecha de su dulcísimo trabajo. Así el hombre se convirtió en el perro del hombre, codicioso de la productividad ajena. Así empezó el estado, la desigualdad y la dominación de la mayoría por una minoría.

Según José Ortega Gasset, el estado no empezó como algo estable: era un aparato que se organizaba ante la amenaza de una tribu asaltante y que se desmontaba, pasado el peligro. El estado no era una institución a tiempo completo sino un servicio que se organizaba para el caso, como todavía en muchas partes el servicio de bomberos se organiza cada vez que hace falta. Luego, los que organizaban la defensa armada empezaron a quedarse con el poder y sus prerrogativas, no sólo en un estado permanente de alerta contra el lobo que viene del exterior, sino como lobos del interior, disfrazados de guardianes de la comunidad.

Según Clastres, en las sociedades nómadas resulta fácil deshacerse del líder militar que pretenda dominar a la sociedad. Por lo cual la constitución de un estado permanente es imposible. En una tribu nómada, de escasos recursos y escasa división del trabajo, todos cargan las armas y las provisiones, que son muy fácilmente renovables: resulta difícil que una minoría se eche a los hombros los recursos de los demás, y se imponga sobre una mayoría desarmada y despojada. En cambio, en una tribu agricultora, los miembros están relativamente separados y encadenados al lugar que cultivan, producen excedentes confiscables, pueden ser organizados como una mayoría desarmada y despojada, que depende enteramente de la protección de un caudillo, jefe de estado y lobo guardián.

Se entiende la añoranza de la Edad de Oro. Se entiende la renuncia de muchas tribus a encadenarse a la agricultura. En pleno siglo XX, quedan tribus nómadas. Para entender el mundo indígena, como lo ha señalado Nigel Davies, hay que tener presente que hasta en las tribus sedentarias hubo la tentación nómada; que hubo una coexistencia entre ambas formas de vida; que algunos nómadas se quedaban a vivir con los sedentarios y algunos sedentarios huían a la libertad.

La tentación nómada todavía nos visita. En el mundo moderno, nunca faltan sedentarios que dejan todo y se van, tras el fantasma de la libertad. Hasta llega a haber movimientos masivos, como el de los *hippies*. La humanidad ha conservado el sentimiento de que la abundancia encadena. Es un sentimiento que viene del neolítico, pero reaparece porque corresponde a una realidad, de la cual hay sobrada experiencia.

3. LA REVOLUCIÓN COMERCIAL

El paleolítico terminó con abundancia, libertad, igualdad y fraternidad. El neolítico multiplicó la abundancia, pero no la libertad. La Edad Media terminó con mayor abundancia, pero sobre todo con una explosión de libertad, que fue el origen de los tiempos modernos. La explosión comenzó con la llamada revolución comercial de la Edad Media, que Robert S. López sitúa entre mediados del siglo x y mediados del xiv.

En la Edad Media se desarrollaron la herradura, la collera y otros arcos que permitieron aprovechar la fuerza de los animales para el arado, la carreta, los molinos, la caballería militar. También se desarrollaron la rueda de agua, el molino de viento, los mecanismos de relojería, las cruzadas, la carabela, la imprenta. Todo lo cual aumentó la abundancia, pero no fue tan revolucionario como el invento de la mercancía.

Los excedentes de la recolección, caza y pesca simplemente sobaban y se descomponían. Los excedentes agrícolas eran acumulación para el consumo futuro y la siembra posterior, que había que defender del pillaje y los impuestos. Pero en el mundo medieval los excedentes se vuelven mercancía: algo remoto, diferido, que por su propio uso no tiene sentido físico inmediato para el productor, sino un sentido abstracto, mediatizado, como depósito de valor. Son ofrendas que valen por lo que representan ante Dios o mercancías que valen porque le interesa al comprador.

Cristo había predicado el desprendimiento, el abandono en manos de la divina providencia, para volver al paraíso recolector. Había criticado el árbol del saber y la abundancia de la revolución agrícola, en favor de la libertad inmediata:

No amontones tesoros en la tierra, donde hay polilla y ladrones que socavan y roban, porque ahí estará tu corazón. Amontona tesoros en el cielo. Las aves del cielo no siembran ni cosechan, ni recogen en graneros, y sin embargo el Padre celestial las alimenta. Aprende de los lirios del campo, que no hilan, ni tejen, ni se fatigan, pero visten mejor que Salomón en toda su gloria.

El consejo evangélico, seguido literalmente, como predicó San Francisco, exige desprenderse del excedente, dedicarse a la recolección mendicante, no guardar nada para mañana: ni para comer, ni para sembrar, ni para vender. Sin embargo, el consejo puede tomarse de manera simbólica. Entonces, recomienda tener como si no se tuviera, como si los frutos del árbol del saber fueran también providenciales, como si la productividad humana continuara la creación divina y administrara el paraíso por cuenta de Dios.

Así se entendió en los paraísos simbólicos que fueron los monasterios medievales, y que acabaron siendo emporios agrícolas. Pero el desprendimiento simbólico le dio una gran ambigüedad al excedente. La ofrenda se volvió mercancía. La producción, distribución y consumo de símbolos convertía todo en sacramento, palabra, cifra, moneda; en algo que oscilaba entre la comunión y el mercado, como todavía puede verse en muchas fiestas religiosas de los países pobres y católicos. Ahora nos escandaliza que se vendieran indulgencias. Sin embargo, la confusión se entiende. La ofrenda es tan reductiva como la mercancía: atropella el sentido inmediato de la cosecha para convertirlo en mediato. Todo comercio trafica con lo sagrado. Vender lirios del campo en un puesto de flores ¿no es vender un milagro? ¿no es vender gracia? ¿no es vender pasaportes al cielo? ¿no es poner la eternidad en el mercado?

El mundo campesino acabó desquiciado por ese extraño descubrimiento medieval: todo puede ser físico y simbólico, al mismo tiempo; todo puede ser equivalente, cuando se pasa del valor de uso al valor de cambio; todo puede ser intercambiable, como las letras del alfabeto en la tipografía de Gutenberg; todo puede ser mediatizado: volverse sacramento o mercancía.

Tanto los sacramentos como la mercancía enriquecieron la vida medieval. Aunque hasta la fecha continúa el desprecio al comerciante y el suponer que no produce nada, la variedad de mercancías disponibles gracias al intercambio enriquece la calidad de la vida,

aunque se produzca lo mismo. Pero no se produce lo mismo: el comercio permite producir más, gracias a la división del trabajo y la expansión del mercado.

Para bien y para mal, la producción excesiva y el intercambio de excedentes medievales desataron algo tan alarmante como la generación del fuego o la generación de vida vegetal: la generación de vida impersonal, mediatizada, desarraigada, simbólica; de mercancías, capitales, intereses; de contratos, de sociedades anónimas, apoderados y representantes; de matrimonios por poder, de mandatos políticos por poder, de ajusticiamientos por poder; de personas no físicas sino morales o simbólicas; de abstracciones que ejercen como realidades: la ley impersonal, el poder impersonal, el dinero impersonal.

Contra la ley, contra el poder, contra el dinero, había clamado Cristo, y volvieron a clamar muchos cristianos medievales, especialmente San Francisco. El horror a la abundancia que encadena, a la libertad de comercio que desquicia, a la usura que despoja, al lucro con lo sagrado, llegó a la ferocidad. Cuando San Francisco pedía limosna, aceptaba pan, pero no dinero. A un discípulo suyo, que había guardado una moneda, le ordenó que la tomara con los labios y con los labios la llevara hasta ponerla en su lugar: en el estiércol. Así, frente a los religiosos arraigados y enriquecidos en la vida retirada del campo monástico, aparecieron los frailes mendicantes, predicadores, itinerantes, que redescubren la libertad de la vida nómada. Este radicalismo favorece la libertad individual, aunque nace del asco provocado por esa misma libertad en la vida económica.

La revolución comercial desata la libertad individual y la cadena mediatizadora que acaba con la Edad Media y lleva al mundo moderno. Rompe la autarquía campesina, desarraiga a la población y favorece la vida urbana. Convierte en protagonistas a los mediadores: a los comerciantes, banqueros, diplomáticos, intelectuales, predicadores, trovadores, caballeros andantes; en vez de los caballeros arraigados, de los monjes arraigados, de los siervos arraigados. No sólo el excedente empieza a circular: la población excedente (que permite la nueva productividad) empieza a circular, más aún cuando esta nueva circulación favorece las epidemias y el terror de la danza de la muerte. Las ciudades se vuelven importantes y paradójicas: lugares donde arraiga el desarraigo, sedes de la movilidad, asentamientos del cambio y la productividad. El comercio, la banca, las

artesanías, las profesiones y otros servicios llegan a producir por hectárea urbana lo que nunca produjo una hectárea agrícola.

4. LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

Después de la revolución comercial y de las grandes plagas del siglo XIV, empieza lentamente el crecimiento explosivo de la población, que llega a unos 800 millones en el siglo XVIII. En este siglo aparece la voluntad de progreso, que no es lo mismo que el progreso. Esta voluntad prometeica, se acompaña de una revolución tecnológica igualmente prometeica: el control de la potencia motriz del fuego. En las máquinas de vapor, en los motores de explosión, en las turbinas de retroimpulsión, el fuego paleolítico de la cocina y de los hornos adquiere una nueva aplicación: el movimiento.

Los medios de producción y de transporte con motor cambian las ciudades y el planeta. Aumentan la productividad, aceleran la urbanización, permiten concentraciones de poder y desigualdades económicas nunca vistas en la historia. Favorecen la tecnocracia y el ascenso de los universitarios al poder. Favorecen el gigantismo.

Hasta principios del siglo XX, prácticamente toda la población mundial trabajaba en la pequeña agricultura, el pequeño comercio, la pequeña industria, en centros de población que no llegaban a 10 mil habitantes. La gente trabajaba en su casa, muchas veces esclavizada a su taller, su tienda, sus tierras, sin horario, pero también sin límite. La desmesura productiva hacía que los ambiciosos se explotaran a sí mismos, explotaran a su familia y a todos los que caían bajo su órbita, explotaran intensamente la naturaleza y presionaran a toda la comunidad, a través de la competencia, a producir más.

Esta desmesura llevó a la regulación, primero gremial y luego estatal. Para competir con alguien que abría su negocio cuando los demás cerraban, o vendía más barato, o explotaba destructivamente bienes comunales, todos tenían que hacer lo mismo o impedirselo. Así nacieron en la Edad Media los gremios comerciales, artesanales y hasta universitarios: para impedir el mercado libre del saber, de las artesanías, de los excedentes agrícolas.

Las primeras regulaciones, que pudiéramos llamar horizontales: ejercidas por la sociedad, por los cofrades, por el deseo de encauzar fraternalmente la competencia individual, pronto se volvieron verti-

cales: ejercidas por los capitalistas y el estado, para enriquecerse y dominar. Fernand Braudel, en su historia económica de los siglos XVI al XVIII, ha hecho una distinción tajante entre economía capitalista y economía de mercado. La economía de mercado, que aparece en torno al milenio, que suscita la esperanza y el horror de la libertad, no es una economía capitalista, sino lo que hoy se llamaría economía subterránea. La economía capitalista nace varios siglos después, en las cumbres de la sociedad. Es una alianza entre el poder político y el poder económico, contra la economía de mercado: contra los pequeños empresarios.

Para simplificar, hablemos de gigantismo, de una economía piramidada o burocrática, que igual se da en los países llamados capitalistas, socialistas o de economía mixta, en el sector público o privado, nacional o transnacional. Esta economía alcanzó en el siglo XX su máxima expansión, y desde 1973 empieza a resquebrajarse. ¿Por qué ese año tan preciso? Porque fue el año en que se dispararon los precios del petróleo. El gigantismo prosperó mientras estuvo subsidiado por el consumo en un solo siglo de gran parte de la energía fósil acumulada en millones de años; mientras estuvo subsidiado por la gratuita destrucción ecológica; mientras estuvo subsidiado por créditos baratos, por encima de la capacidad de ahorro; mientras estuvo subsidiado por el despilfarro de casi todas las formas de capital.

Claro en el gigantismo hay algo más que un robo desastroso del fuego fósil, en este caso no a los dioses, sino a las generaciones futuras. Hay una aventura prometeica, una ambición faústica, un deseo de grandeza. Pero es aquí donde conviene volver al punto de partida.

La Edad de Oro quedó atrás. No es razonable suponer que la humanidad pueda volver a diez millones de habitantes privilegiados que dispongan de todo el planeta, aunque sí es razonable aligerar la carga que somos para el planeta. Para que prospere el genio creador de la humanidad, no hace falta una abundancia excesiva. Por encima de las necesidades básicas, que a ningún ser humano le deberían faltar, se puede aumentar el nivel de vida con un *más* cualitativo, antes que cuantitativo. El gigantismo de una ópera de Wagner tiene genio creador, pero no más genio que un cuarteto de Mozart. Los desarrollos tecnológicos de las grandes empresas pueden ser muy valiosos, pero no más que la innovación de las medianas y pequeñas empresas, de las cuales con frecuencia toman o compran ideas. El gigantismo

de las burocracias estatales ha sido un desastre, ahora reconocido hasta en la Unión Soviética. Y, en el desarrollo personal, cuántas veces hemos visto que personas muy dotadas, talentosas, con todos los recursos y todas las oportunidades, no hacen nada, en comparación con tantos genios creadores que han producido maravillas, en circunstancias difíciles.

Los artistas románticos le costaban muy poco a la sociedad. San Francisco, menos. La desmesura de un ermitaño que se va al desierto o que se encierra a escribir es una desmesura, pero se da en el *más* cualitativo: no impone su voluntad a los demás, ni despilfarra inmensos recursos. La desmesura con poder, con recursos, con aspiraciones de *más* cuantitativo, es la costosa para la sociedad.

Hay un apólogo que expresa la sabiduría campesina sobre la desmesura. El diablo le ofrece tierra a un campesino, a cambio de su alma. ¿Cuánta? Toda la que abarque, recorriéndola a pie. El campesino empieza a caminar, con un largo rodeo que se vuelve cada vez más largo. Empieza a correr, para abarcar más y más. No se anima a cerrar el círculo y volver al punto de partida, aunque se va quedando exhausto. No se anima a descansar. Divisa cada vez más tierras prometidas y prometedoras. Agotado, cae muerto. Entonces llega el diablo con una pala de sepulturero, y le dice: Creo que no necesitabas más que un terrenito de un metro de ancho y dos de largo.

Así seguimos siendo los hijos de Adán y Eva, aunque ahora nos creemos superiores a los campesinos. Perseguimos fantasmas de una libertad que finalmente nos esclaviza, de una abundancia que finalmente no hacía falta.

